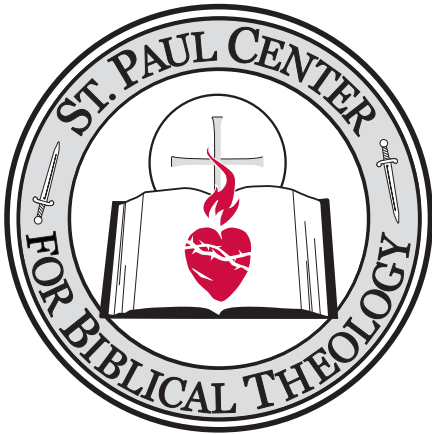


Al Partir el Pan

Reflexiones Bíblicas Sobre Las Lecturas De Las Misas Dominicales

5 de marzo 2006. 1er Domingo de Cuaresma



Publicación en español de la

**ST. PAUL CENTER
FOR BIBLICAL THEOLOGY**

President
Scott Hahn, Ph.D.

Editor
David Scott

Email:
office@SalvationHistory.com

Translators
Msgr. Richard Antall,
Andrés Jiménez

St. Paul Center
for Biblical Theology
2228 Sunset Blvd., Suite 2A
Steubenville, Ohio 43952-2204

La Nueva Creación

Dr. Scott Hahn

Génesis 9, 8-15
Salmo 25, 4-9
1 Pedro 3, 18-22
Marcos 1, 12-15

La cuaresma nos invita a regresar a la inocencia del bautismo.

En la epístola de este día, San Pedro nos recuerda que, así como Noé y su familia fueron preservados de las aguas del diluvio, también nosotros somos salvados por las aguas del bautismo.

El pacto de Dios con Noé, que leemos en la primera lectura, marcó el inicio de un nuevo mundo; más aún, prefiguró una nueva y más importante alianza entre el Creador y su creación (cf. Os 2,20; Is 11,1-9).

En el evangelio de hoy podemos ver el comienzo de esta Nueva Alianza y esta nueva creación. Jesús es presentado como el nuevo Adán —el hijo amado de Dios (cf. Mc 1, 11; Lc 3, 38)—que vive en armonía con las bestias salvajes y es servido por los ángeles (cf. Ez 28, 12-14).

Jesús es tentado por el diablo, al igual que Adán. Sin embargo, a diferencia de éste, que con su caída provocó el dominio del pecado y de la muerte en el mundo (cf. Rm 5,12-14,17-20), Cristo vence a Satanás.

En esto consiste la Buena Nueva, el “evangelio de Dios” que Él proclama. Por su muerte, resurrección y entronización a la

diestra del Padre, el mundo se vuelve otra vez reino de Dios.

En las aguas del Bautismo, cada uno de nosotros entró en el reino del Hijo Amado de Dios (cf. Col 1, 13-14). Por medio de él fuimos hechos hijos de Dios, criaturas nuevas (cf. 2Co 5,7; Ga 4, 3-7).

Sin embargo, como Jesús, e Israel antes que El, hemos sido bautizados sólo para ser conducidos al desierto: a un mundo lleno de aflicciones y pruebas para nuestra fidelidad (cf. 1Co 10,1-4,9,13; Dt 8, 2,16).

En esta peregrinación—purificación Jesús es nuestro guía. Él es el Salvador, el Camino y la Verdad que cantamos en el salmo de hoy (cf. Jn 14,6). Nos da el pan de los ángeles (cf. Sal 78,25; Sb 16,20) y lava nuestras culpas en el sacramento de reconciliación.

Por tanto, comencemos este tiempo santo renovando nuestros votos bautismales arrepiéndonos y creyendo el evangelio.



Al Partir el Pan

Reflexiones Bíblicas Sobre Las Lecturas De Las Misas Dominicales

12 de marzo 2006. 2º Domingo de Cuaresma



Publicación en español de la

**ST. PAUL CENTER
FOR BIBLICAL THEOLOGY**

President
Scott Hahn, Ph.D.

Editor
David Scott

Email:
office@SalvationHistory.com

Translators
Msgr. Richard Antall,
Andrés Jiménez

St. Paul Center
for Biblical Theology
2228 Sunset Blvd., Suite 2A
Steubenville, Ohio 43952-2204

Libres de ataduras

Dr. Scott Hahn

Génesis 22,1-2, 9-13, 15-18

Salmo 116,10, 15-19

Romanos 8, 31-34

Marcos 9, 2-10

El tiempo de cuaresma continúa con otra narración sobre una prueba. El domingo pasado leímos las tentaciones de Jesús en el desierto. La primera lectura de hoy habla sobre la prueba de Abraham. La Iglesia siempre ha visto en esta historia un signo del amor de Dios, que “entregó a su Hijo único” (cf. Jn 3,16).

En la epístola de hoy, San Pablo menciona que Dios, como Abraham (cf. Gn 22,16) “no perdonó a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros” (Rm 8, 32).

El evangelio retoma esa figura. Jesús es llamado “el Hijo Amado” de Dios, así como Isaac es descrito como el amado hijo único de Abraham (cf. Gn 22, 2)

Estas lecturas se nos dan en la cuaresma para revelarnos la identidad de Cristo y para fortalecernos frente a nuestras tribulaciones.

Jesús es mostrado como el verdadero hijo, al que Abraham se regocijó en contemplar (cf. Mt 1,1; Jn 8, 56). En su transfiguración, Jesús manifiesta ser “el profeta como Moisés” prometido por Dios —suscitado de entre el Pueblo de



Dios —
q u e
h a b l a
c o n l a
a u t o r i d a d

del mismo Señor (cf. Dt 18,15.19).

Como Moisés, Jesús también sube a la montaña con tres amigos, cuyos nombres hallamos en el texto y ve la gloria de Dios en una nube (cf. Ex 24,1.9.15). Jesús es El que fue profetizado, El que habría de venir después del regreso de Elías (cf. Si 48, 9-10; Ml 3,1, 23-24)

Además, como Él mismo lo revela a sus apóstoles, Jesús es el Hijo del Hombre enviado a sufrir y morir por nuestros pecados (cf. Is 53,3).

Como cantamos en el salmo de hoy, Jesús creyó aún en el momento de su aflicción y Dios lo liberó de los lazos de la muerte (cf. Sal 116, 3).

Su resurrección debe darnos el valor para enfrentar nuestras pruebas y ofrecernos totalmente al Padre, como lo hizo El y como lo hicieron Abraham e Isaac.

Liberados de la muerte por Su muerte, hemos venido a esta Misa a ofrecer un sacrificio de acción de gracias y a renovar nuestras promesas como sus siervos fieles.

Al Partir el Pan

Reflexiones Bíblicas Sobre Las Lecturas De Las Misas Dominicales

19 de marzo 2006. 3er Domingo de Cuaresma



Publicación en español de la

**ST. PAUL CENTER
FOR BIBLICAL THEOLOGY**

President
Scott Hahn, Ph.D.

Editor
David Scott

Email:
office@SalvationHistory.com

Translators
Msgr. Richard Antall,
Andrés Jiménez

St. Paul Center
for Biblical Theology
2228 Sunset Blvd., Suite 2A
Steubenville, Ohio 43952-2204

Sacrificios Espirituales

Dr. Scott Hahn

Éxodo 20,1-17
Salmo 19, 8-11
1 Corintios 1, 22-25
Juan 2, 13-25

Jesús no viene para destruir la tradición que el Templo representa, sino para “darle cumplimento” (cf. Mt 5,17); es decir, para revelar su verdadero significado dentro del plan de salvación de Dios.

El es el Señor de quien los profetas dijeron que vendría a purificar el Templo, echando afuera a los comerciantes y haciéndolo “casa de oración para todos los pueblos” (cf. Za 14,21; Ml 3,1-5; Is 56,7).

El Dios, que hizo los cielos y la tierra, que sacó a Israel de la esclavitud de Egipto, “no habita en casas fabricadas por manos humanas” (cf. Hch 7,48; 2S 7,6). Ni necesita sacrificios de novillos, ni ovejas ni palomas (cf. Sal 50,7-13).

En la primera lectura de hoy es importante constatar que, en un principio, Dios no pedía sacrificios de animales, sino solo que Israel obedeciera sus mandamientos (cf. Jr 7,21-23; Am 5, 25).

Su ley fue un regalo de la sabiduría divina, como cantamos en el salmo de hoy. Es una Ley de Amor (cf. Mt 22, 36-40), expresada perfectamente en la entrega que Cristo hizo de sí mismo en la cruz

(cf. Jn 15,13).

Este es el “signo” que ofrece

en el evangelio de hoy; signo que fue “escándalo” para los líderes de los judíos, como dice San Pablo en la epístola.

El cuerpo de Jesús, destruido en la cruz y resucitado tres días después, es el Nuevo y verdadero Santuario. Desde el templo de su cuerpo salen ríos de agua viva, el Espíritu de gracia que hace de cada uno de nosotros un templo (cf. 1 Co 3,16) y nos constituye en morada de Dios (cf. Ef 2, 22).

Nosotros, en la Eucaristía, participamos en el ofrecimiento de su Cuerpo y Sangre. Este es el culto “en espíritu y verdad” que desea el Padre (cf. Jn 4, 23-24).

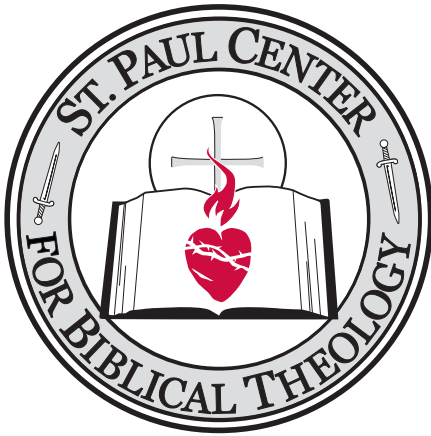
La alabanza es nuestro mejor sacrificio (cf. Sal 50,14.23). Esto consiste en imitar a Cristo “ofreciendo nuestros cuerpos”; es decir, todas nuestras intenciones y acciones por amor a Dios y al prójimo (Hb 10,5-7; Rom 12,1; 1P 2,5).



Al Partir el Pan

Reflexiones Bíblicas Sobre Las Lecturas De Las Misas Dominicales

26 de marzo 2006. 4º Domingo de Cuaresma



Publicación en español de la

**ST. PAUL CENTER
FOR BIBLICAL THEOLOGY**

President
Scott Hahn, Ph.D.

Editor
David Scott

Email:
office@SalvationHistory.com

Translators
Msgr. Richard Antall,
Andrés Jiménez

St. Paul Center
for Biblical Theology
2228 Sunset Blvd., Suite 2A
Steubenville, Ohio 43952-2204

Vivir en la Luz

Dr. Scott Hahn

2 Crónicas 36,14-17, 19-23
Salmo 137,1-6
Efesios 2,4-10
Juan 3,14-21

Las lecturas dominicales del tiempo cuaresmal nos han mostrado los momentos fundamentales de la historia de salvación: La alianza de Dios con la creación en el tiempo de Noé; la promesa que hizo a Abraham, la Ley que Él dio a Israel en el Sinaí.

En la primera lectura de este día, se nos habla de la destrucción del reino establecido en la última alianza del Antiguo Testamento, la de Dios con el rey David (cf. 2S 7; Sal 89,3).

El pueblo escogido por Dios abandonó la Ley que Él le había dado. Por sus pecados, el Templo de Salomón fue destruido y el pueblo exiliado a Babilonia. Escuchamos su tristeza y arrepentimiento en la lamentación sobre el exilio que entonamos en el salmo de hoy.

Pero escuchamos cómo Dios, en su misericordia, reúne a su pueblo nuevamente, unge a un rey pagano para pastorearlo y reconstruye el Templo (cf. Is 44,28-45,1.4).

Sí, Dios es rico en misericordia, como enseña la epístola a los Efesios. Había prometido que el reino de David duraría para siempre, que el hijo de David sería

su Hijo y gobernaría a las naciones (cf. 2 S 7,14-15; Sal 2, 7-9). En

Jesús, Dios cumplió esta promesa (cf. Ap 22,16).

Moisés levantó una serpiente como signo de salvación (cf. Sb 16,6-7 Nm 21,9). Hoy Jesús es levantado en la cruz para atraer a todos hacia Él. (cf. Jn 12,32).

Los que se niegan a creer en este signo de amor del Padre se condenan a sí mismos, como sucedió a los Israelitas en su infidelidad.

Pero Dios no dejó a Israel en el exilio y no quiere dejar a ninguno de nosotros morir en sus pecados. Somos la obra de su mano y hemos sido salvados para vivir en la luz de su verdad.

Cuando hemos llegado a la mitad de este camino de arrepentimiento cuaresmal, miremos “al que traspasaron” (Jn 19,37) y dediquémonos de nuevo a vivir las buenas obras que el Señor nos ha llamado a hacer.

